



VII  
VICISITUDES

Al aparecer de nuevo á los ojos del mundo la Compañía de Jesus en virtud de la Bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum* expedida por el inmortal Pio VII, despues de cuarenta años de vida oculta, que tal pudiéramos llamarla por haber limitado su accion á la Rusia Blanca, encontró las naciones completamente cambiadas, porque las doctrinas del filosofismo y los malhadados principios del 89 habian tenido ya sobrado tiempo para difundirse más y más y extender sus diabólicas influencias en todas las sociedades de ambos mundos.

El jansenismo y el racionalismo volteriano habian clamado contra la Compañía el *tolle, tolle crucifige* del Preto-

rio, y cuando despues de muerta y sepultada la vieron resucitar gloriosa á la voz de la Iglesia, los herederos de las doctrinas revolucionarias juraron de nuevo su muerte.

Así es que la historia de la Compañía restaurada es la historia de sus luchas y persecuciones nunca interrumpidas: luchas con un nuevo linaje de enemigos apénas conocidos para ella, puesto que siendo el primer óbice que el filosofismo tuvo que apartar de su camino para adelantar en su empresa de impiedad y destruccion, y habiendo sido por esta razon la primera víctima sacrificada á su furor, apénas tuvo tiempo para trabar con él batalla; persecuciones muy más frecuentes, tenaces y sangrientas, porque tales son las que de un siglo á esta parte sufre la Iglesia católica, cuya suerte sigue y ha seguido siempre la Compañía de Jesus.

Sin necesidad de abrir la historia, ni de recordar sus frecuentes expulsiones de casi todos los países de Europa y América, ni ménos el degüello de Madrid, los asesinatos de París, los incendios de Buenos Aires; las fechas solas que vamos á apuntar en este párrafo relativas á una sola casa de la Compañía, son suficientes para confirmar nuestra asercion.

Autorizados por el Decreto del rey D. Fernando VII expedido en 29 de Mayo de 1815, el cual, derogando en todas sus partes la pragmática-sancion de Carlos III restablecia la Compañía de Jesus en toda España y sus colonias, se apresuraron los Padres á tomar posesion de la casa de Loyola, que á peticion de la villa de Azpeitia les habia sido restituida por Real orden de 1.º de Abril de 1816 (1). Fueron, en efecto, destinados para habitar en aquella santa mansion, cuatro ancianos de los que habian sobrevivido hasta el restablecimiento de la Compañía en todo el orbe,

(1) Véase el apéndice VIII.

y se llamaban Faustino Arévalo (1), Juan Sorosain, Domingo Oyarzábal y Miguel Bruno Huarte, Coadjutor.

No es para descrito el júbilo y entusiasmo con que fueron recibidos por aquellos religiosos guipuzcoanos, cuya gran mayoría sólo conocia á los Padres por los gratisimos recuerdos que de ellos se conservaban en todas las familias. El Rector de Azpeitia, D. Nicolás de Ordiosola, salió á su encuentro hasta Tolosa, y les persuadia que descansasen allí, porque deseaba tener más tiempo para preparar el festejo que merecia tan fausto acontecimiento. No lo consintieron los modestos ancianos, pero tampoco pudieron evitar que saliesen á recibirlos ambos Cabildos y un concurso inmenso de pueblo.

Se dirigieron directamente á la Santa Casa á dar gracias á Dios y al venerable Patriarca por tan singular beneficio, y fué necesario subirlos en hombros, porque la ancianidad é incomodidades del viaje no les permitia hacerlo por sí. Bañados en lágrimas de alegría no ménos los Padres que el fervoroso pueblo, entonaron el *Te-Deum*, y el santuario volvió, finalmente, despues de medio siglo, á manos de sus legítimos dueños, los hijos de Loyola; pero, ¡cuán cambiado!

Es cierto que merced á la devocion de aquel piadoso vecindario durante toda aquella época tan calamitosa jamás estuvo abandonado, ni cerrado al culto de los fieles; mas echábase de ménos el esplendor y la riqueza antigua, y más que todo se notaba la falta del precioso altar de plata y del magnífico relicario de oro y piedras preciosas, de que ántes hicimos mencion.

(1) El insigne sabio P. Faustino Arévalo nació en Campanario (Extremadura) en Julio de 1747, entró en la Compañía en 1761 y murió en Madrid en 1824. Fué un hombre de los más eruditos de su tiempo: durante la supresion de la Compañía anotó las obras de San Isidoro: *El Misal muzárabe*, *La Himnodia española*, *Los poetas Prudencio, Juvencio, Draconcio*, etc. Escribió varios oficios de Santos é himnos. Dejó manuscritos varios tratados de liturgia y tres grandes volúmenes para corregir y acrecentar la célebre *Biblioteca hispana* de D. Nicolás Antonio.

Los infatigables ancianos luego que tomaron posesion de su casa paterna, se entregaron á ejercer los ministerios propios de la Compañía, segun se lo permitian sus quebrantadas fuerzas. En Noviembre de aquel mismo año se abrió una clase de gramática, y en Junio del siguiente el noviciado, que luego tomó considerable incremento, parte con jóvenes de las provincias, parte con los que eran enviados de Madrid.

Todo comenzó á reflorcer, y parecia anunciar una era de prosperidad y bienestar; pero el mundo estaba ya cambiado y los cimientos de la sociedad minados: los tronos bamboleantes á fines del siglo anterior, en el actual se derumban con sobrada facilidad. Fernando VII habia caido en manos de los liberales, y las Cortes gobernaban el reino segun los nuevos principios religiosos y políticos inventados por el filosofismo y las sectas masónicas.

Como siempre, una de las primeras medidas de semejante gobierno fué perseguir á la Iglesia: era, pues, necesario volver á suprimir la Compañía de Jesus apénas renaciente en España. A los Padres que moraban en Loyola fué comunicado el inicuo Decreto de 20 de Setiembre, y en virtud de él hubieron de dispersarse, abandonando con inmenso dolor aquella Santa Casa que apénas habian habitado cuatro años.

El colegio con sus pequeñas fincas y su huerta, la iglesia y la Santa Casa con las pocas alhajas que le habian sido restituidas, fueron declarados bienes nacionales y vendidos al mejor postor, de manera que lo que en medio siglo de ausencia de la Compañía y en circunstancias tan aciagas para la nacion no logró conseguir la rapacidad de unos invasores extranjeros insaciables de oro sagrado, lo obtuvieron fácilmente los mismos nacionales: lo cual nada tiene de extraño, atendido el creciente progreso del siglo.

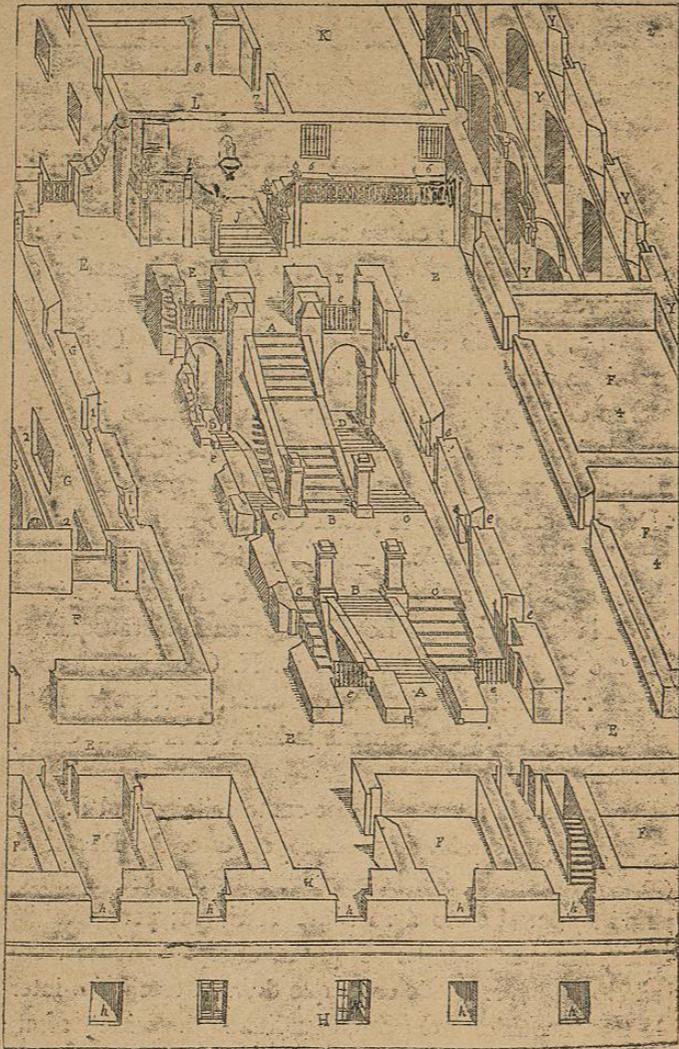
Entre los objetos sagrados que se llevaron á Vitoria para

ser puestos en venta, iba la famosa estátua de plata ántes sustraída casi milagrosamente á la codicia de los franceses y sus fieles servidores; esta vez nuestros propios compatriotas la habrian fundido ó destrozado liberalmente, si la villa de Azpeitia, tan celosa siempre de los intereses de su santo Patrono, no hubiera enviado dos comisionados que la comprasen á cualquier precio. Lograron afortunadamente rescatarla, y desde entónces cada vez que la Compañía, apremiada por la violencia, tiene que alejarse de su solar paterno de Loyola, el Cabildo y Ayuntamiento la conducen á la iglesia parroquial, como dueños legítimos de aquel insigne monumento de la antigua piedad española.

Durante este tiempo la Santa Casa no careció de culto: como las llaves de todo el edificio y el cuidado de él habia sido encargado por el Ayuntamiento de Azpeitia al inquilino de la hospedería de Loyola, Fernando Eurausquín, el P. Pedro Goya, acompañado de un H. Coadjutor, escogió para su residencia la misma hospedería, y así pudo, mientras vivió, celebrar diariamente la Misa en la Santa Casa y tener cuidado de ella.

Despues de la muerte de este santo religioso, el P. Juan Sorosain, que estaba hospedado en casa del Rector de Azcoitia, se trasladó á la posada, sin duda con el fin de que no faltara el culto á su santo Patriarca; pero tambien murió poco tiempo ántes de que la Compañía fuese restablecida de nuevo. Es de creer que durante este corto intervalo tampoco faltara el culto, atendida la devocion y afecto que profesan al santuario de Loyola todos los guipuzcoanos, y en especial los que viven á él vecinos.

Afortunadamente el dominio de la revolucion duró poco esta vez: las tropas francesas restablecieron en el trono á Fernando, y las cosas volvieron al estado que tenian tres años ántes. Loyola, aunque despojada ya de sus escasos bienes, fué restituida á la Compañía, y los cuatro ó cinco



Plano de la escalera principal del ala derecha del colegio.

- |  |  |
|--|--|
| <p>A Término de la escalera en el piso superior.</p> <p>B Descanso del cual arranca el último tramo.</p> <p>C Descansos de las escaleras colaterales.</p> <p>D Pié de la escalera en el piso principal.</p> <p>E Tránsito para las tribunas.</p> <p>F Aposentos.</p> <p>G Pared interior que da á uno de los patios del colegio.</p> <p>H Pared exterior que da á la huerta.</p> | <p>Y Pared de la fachada del edificio enfrente de la Santa Casa.</p> <p>X Descansillo entre el colegio y la Santa Casa.—5. Entrada.—6. Tribunas.</p> <p>K Pavimento de la capilla principal de la Santa Casa.</p> <p>L Descanso en el extremo superior de la escalera dentro de la Santa Casa.—7. Puerta que da entrada á la capilla principal.—8. Puerta para la sacristía.</p> |
|--|--|

Padres que moraban allí durante esta década, se ocupaban, con su acostumbrado celo, en todos los ministerios en favor de los fieles. Mas para nuestro siglo aquella paz era demasiado larga, y el Señor quiso mostrar á su amada Compañía, en la casa natal de su fundador, las persecuciones que habia de sufrir no muy tarde.

Corria el año de 1832: la guerra civil estaba para estallar, y el giro de la política comenzaba á presentar mal aspecto. Con este motivo habia encargado el P. Provincial se hiciesen especiales plegarias en todas las casas y colegios de la Compañía en España, para aplacar la ira del Señor, que de nuevo amenazaba.

El H. Fernando Garrido, Coadjutor de extraordinaria virtud, amantísimo de la Compañía y de su vocacion, oraba con gran fervor en la santa capilla de Loyola, segun las intenciones prescritas, y cuando más ardientemente pedia á Dios se compadeciese de la Compañía y de España toda, vió delante de sí á la Santísima Virgen cubriendo bajo su manto á toda la Compañía, de la manera que se apareció al V. P. Martin Gutierrez; pero observó que la Virgen lloraba. Sorprendido el buen Hermano con semejante prodigio, suplicó al Señor se dignase darle á entender su significacion.

Díjole el Señor que las lágrimas de la Santísima Virgen significaban lo mucho que habia de sufrir la Compañía en España; pero que en medio de las mayores persecuciones y peligros María la protegeria siempre. El santo Hermano, curado milagrosamente de la enfermedad que le habia llevado á Loyola, enfermedad que Dios le habia concedido para satisfacer su hambre de padecimientos, volvió á Madrid aquel mismo año sin manifestar á nadie la vision referida (1).

(1) Se dice que esta tuvo lugar estando el H. Garrido en una de las dos tribunas de la escalerilla que une al colegio con la Santa Casa.